

BLOC DE NOTAS

Pequeña gran historia de la caballería

Stefano Malatesta desgrana gloria y miseria de un cuerpo con capacidad de cronista y lucidez de analista militar

LUIS M. ALONSO

Cuenta **Stefano Malatesta** (Roma, 1940) que la vanidad de la caballería alcanzó niveles exponenciales cuando lord **Brummel** impuso el blanco y el negro para los trajes de gala de los civiles mientras los colores vivos quedaban reservados a los militares, que se exhibían como pavos reales ante el resto que cargaba con las fúnebres levitas de cola y aspectos de sepultureros.

En ese sentido el siglo XVIII fue un prodigio de ostentación. La anécdota que mejor lo refleja fue aquella estampida de los diez mil franceses del cuerpo de expedicionarios de la guerra de los Siete Años, capitaneados por el príncipe de **Soubise**, que abandonaron precipitadamente la ciudad de Gotha dejando tras de sí un extravagante equipaje para asombro de los húsares de **Von Zieten**. Junto al guardarropa de lujo traído de Versalles —calzoncillos largos de seda y otras ropas interiores— encontraron papagayos, gatos y perros, además de vestidos femeninos para regalar a las putas, salchichones, foie gras, confits de pato escoltados por los propios cocineros que permanecieron en su sitio. Los húsares prusianos desfilaron ese día con los calzoncillos de seda en la cabeza a modo de morrión.

La vanidad de la caballería encierra en sus páginas la presunción y la tragedia, el coraje y el error, a lo largo de la historia de un cuerpo que, como escribe el propio Malatesta, “ante de la disyuntiva de parecer más atractivo o ir más cómodo se decantaba tradicionalmente por la primera de las opciones”. No es extraño, por tanto, que un libro tan hermoso y cultivado como es el suyo comience prácticamente con la crónica de la carga de la Brigada Ligera in-



glesa en Balaklava en 1854: el ataque frontal y suicida a caballo contra una batería de cañones rusos, del cual, más de siglo y medio después, Malatesta percibe con claridad lo difícil que resulta separar el valor del ridículo, el rigor táctico de la demencial escabechina de vidas humanas. A diferencia de la protagonizada por los heroicos soldados del regimiento Saboya en Isbucenski, a caballo y armados con sables contra dos batallones rusos provistos de ametralladores, Balaklava fue el resultado de una estrategia pésimamente interpretada por lord **Cardigan**, no un sacrificio racional. En los alrededores del pueblo ucraniano de Isbucenski, en el Don, el 24 de agosto de 1942, se libró la última carga de caballería de la Segunda Guerra Mundial y probablemente de la historia.

Malatesta, corresponsal de guerra y reportero de sucesos, crítico de arte, documentalista y cronista de viajes, mantiene en el libro que acaba de ver la luz gracias al buen gusto literario que caracteriza a ediciones Gatopardo, que incluso la pacífica Italia ha tenido grandes guerreros. Y que si ello no ha trascendido suficientemente en los tiempos modernos es porque sobre el mérito militar ha pesado la carga de culpa arrastrada desde el fascismo. A la retórica fascista que pretendía acreditar a los italianos como un pueblo de héroes, siguió la retórica antifascista que tiende a presentarlos como todo lo contrario, aunque en realidad no fue así. Llegó un momento en que para los soldados era importante ganar una guerra que no era la suya, sino la del Duce, exclusivamente para poder volver a casa sanos y salvos. Nadie puede decir honradamente que no se empleasen a fondo en la primera y en la segunda guerras mundiales. El Saboya en Isbucenski y la brigada de infantería Sassari en el Piave, son dos ejemplos.

Malatesta no sólo se refiere a las dos últimas guerras mundiales, sino a las batallas antiguas, a la época napoleónica, en un libro enjundioso en cuanto a perspicacia y a análisis. Habla de los caballos, los fuegos fatuos, las plumas y los sombreros, la furia destructora, y de los cuatro jinetes del Apocalipsis: **Cardigan**, **Von Seydlitz**, **Amedeo Guillet** y **Von Letow-Vorbeck**. Una amenísima y completa militar.

TINTA FRESCA

La máquina del tiempo de Garci

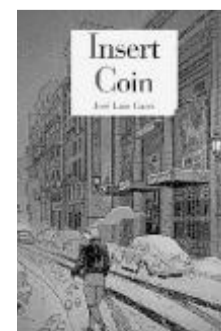
El escritor y cineasta reúne 25 de sus relatos en **Insert Coin**, un magistral ejemplo de narrativa emocional

TINO PERTIERRA

Quando era niño, mis padres jamás me contaron cuentos al acostarme. Me contaban películas...

Todas las películas rodadas por **José Luis Garci** tienen en sus entrañas restos de sus pasiones cinematográficas. Y, también, puentes tendidos a sus devociones literarias. Ambas vías se cruzan no solo cuando adapta clásicos: sus guiones originales (**El crack**, **Asignatura aprobada...**) rezuman amor por determinados autores y dejan muestras de las propias inquietudes de Garci como escritor, que sus seguidores conocen sobradamente gracias a sus artículos sobre el Séptimo Arte (narrativamente sobresalientes envolviendo un conocimiento enciclopédico y un reconocimiento sentimental contagioso) y a cuentos que han visto la luz con cuentagotas, algunos de ellos en la radio. Muy difíciles de encontrar. De ahí el gran interés de un libro como **Insert Coin**, una colección de 25 relatos editada por Reino de Cordelia en la que la imaginación del autor de **Solos en la madrugada** y su asombrosa capacidad para enhebrar historias cargadas de pequeños detalles que potencian la evocación emocional buscan acomodo en géneros tales como la ciencia ficción, el territorio negro, la variante navideña, el puro terror o el devenir iniciático.

Escritas entre 1966 y 1998, las historias de Garci siguen a pies juntillas las huellas de escritores como **W. Somerset Maugham**, que rendía culto a la narración impecable e implacable. También se pueden detectar ecos de gigantes como Baroja, Chéjov, O. Henry, Bradbury, Roald Dahl, Maupassant, Melville, Poe o el mismísimo Borges. Sin olvidar a Bécquer o Aldecoa. Garci no se anda por las ramas y va directo al plano en textos como **La Gioconda está triste**, esta última germen del memorable mediometraje rodado en 1977 por **Antonio Mercero**. Sus relatos no son intelectuales, según el autor, explorador irredento de sentimientos y emociones incluso cuando se mete en las galernas movilizadas de la ciencia ficción. No es extraño que su primer libro fuera **Ray Bradbury, humanista del futuro**. La tecnología le importa un tornillo: dadle seres humanos y os construirá una historia. En otros géneros, ni te cuento: la alargada sombra de Hemingway, los platos reales de la calle Narváez, los cines de barrio, el boxeo en Campo del Gas... Las referencias a sus películas y estrellas favoritas se incrustan con elegancia en la prosa directa y ocasionalmente lírica de Garci, que cambia con destreza de las peripecias de Adam Blake (“ese malhumorado periodista tan superado por el progreso y tan influido por Pat Hobby”) a la narración extraordinaria de **Los mejores años de nuestra vida**, que hace honor a la joya de **William Wyler**. Piezas maestras escritas en “la máquina del tiempo”, esa Olympia (modelo Mónica) que le regaló su padre en 1965, y por las que vale muy mucho la pena insertar moneda.



Insert Coin
José Luis Garci

Reino de Cordelia
192 páginas, 17,95 euros



La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

Gatopardo, 2019, 312 páginas, 20,90 euros